

EL MOVIMIENTO ASOCIATIVO ITALIANO EN ARGENTINA

LUJÁN COMO CASO TESTIGO

Dedier Norberto Marquiegui*

Los estudios sobre las asociaciones extranjeras en Argentina ocuparon siempre un papel central en los desarrollos habidos en materia de estudios migratorios. Primero, concentrándose en el análisis del rol que este tipo de instituciones tuvieron en el proceso de ajuste y asimilación de los inmigrantes (Baily, 1982; Devoto, 1985). Pero luego también, entendidas como ámbitos sustitutos de espacios de participación que a los inmigrantes estaban vedados, como el sistema político formal (Sábato y Cibotti, 1990) y como reflejo de las relaciones entabladas entre las colectividades por ellas representadas y otras estructuras propias de la sociedad local. En todos estos campos, en realidad, los estudios sobre el mutualismo étnico en Argentina han demostrado límites y posibilidades. Aunque, en un tipo de acercamiento microhistórico, como el que nosotros proponemos (Marquiegui, 1994), abordando el problema de manera global, no segmentado en aspectos o temas particulares, y correlacionando además la historia de las asociaciones con las de las colectividades que les dan vida y la sociedad receptora en general, ofrece, todavía, creemos, una interesante perspectiva que puede aportar nueva luz o detalles originales en cuestiones tan centrales como el proceso de recreación, o pérdida, de las identidades originales.

Así, por ejemplo, el estudio de las

asociaciones italianas en Luján, que nosotros venimos a encarar, no debiera desagregarse de la historia de la comunidad de ese mismo origen en el distrito, ubicado a setenta kilómetros al oeste de la ciudad de Buenos Aires, capital de la Argentina. Por eso, cuando el 20 de febrero de 1876 era fundada la «Società Italiana di Mutuo Soccorso di Luján», en definitiva la primera de las mutuales étnicas nacidas en este lugar, no puede dejar de verse en este hecho un reflejo de la evolución misma de la colectividad italiana que, por ese entonces, transitaba por su etapa de mayor desarrollo desde que, veinticinco años atrás, se reanudaran las migraciones europeas con destino a la Argentina.

Es así que, desde un piso modesto a mediados de la década del cincuenta (183 migrantes en 1856), la colectividad itálica del partido había iniciado luego un irresistible movimiento de ascenso que no habría ya de detenerse ya hasta 1914, cuando alcanzaron la cifra de 3406 personas, constituyéndose en el grupo extranjero más numeroso. Y es en esta etapa, precisamente, entre 1869 y 1881, cuando se registra el período de mayor crecimiento intercensal, sólo superado después por el espectacular aumento producido en el corto interregno que va desde 1890 a 1895.

Curiosamente, sin embargo, entre los motivos que llevaron a la creación de la «Società», más que la asistencia a esa masa creciente de inmigrantes predomina, sobre todo, el de «...Fomentar entre los italianos

el espíritu de nacionalidad y el de asociación...». La institución aspira a convertirse en foco de referencia de «...todos los italianos, geográficamente hablando...» y de «...los hijos de éstos, nacidos fuera de Italia»¹. Pero, ¿sería acaso posible hablar de una identidad italiana para esa fecha en que ese mismo Estado-nacional era todavía una realidad en trance a ser construida?

Veamos. Una somera revisión de los orígenes de la colectividad italiana de Luján destaca, en los primeros tiempos, el dominio abrumador de los inmigrantes del norte especialmente de la Liguria y, más adelante, del Piamonte. Muchos de esos inmigrantes, sobre todo los genoveses, se establecieron en la ciudad del mismo nombre, cabecera del partido, y se vincularon al comercio minorista convirtiéndose en un grupo particularmente receptivos de las ideas de impronta republicana y mazziniana que podemos encontrar en los estatutos de la «Società». Pero eso no garantiza desde ya su concordancia, o su perfecta congruencia, pues, como lo demuestran nuestros estudios sobre la distribución espacial de los inmigrantes italianos en Luján, no todos los inmigrantes genoveses, y mucho menos del Piamonte, responden a ese exitoso patrón de inserción en los sectores progresistas de la ciudad. Muy por el contrario, gran cantidad de ellos se radicaron en el campo y permanecieron ajenos a ese universo de representaciones que domina en los grupos urbanos. Al punto que cuando se casan, según consta en los libros parroquiales, declaran ser

simplemente «genoveses» sin referencia alguna a esa vaga noción de italianidad que, por entonces, sólo parecían reconocer algunos, haciendo alusión a una cierta y difusa identidad cultural, que sobre todo anida en unos pocos sectores, por lo que parece lícito preguntarse si ese afán de nacionalizar a una masa inmigrante que había partido sin una conciencia de país no conlleva una cierta intencionalidad hegemónica tendiente a encolumnar a toda una colectividad detrás de los grupos dirigentes.

De ser cierta nuestra presunción, si ese fue el designio que guió a los fundadores de la «Società Italiana», habría que reconocer entonces que fracasaron rotundamente. De los datos que tenemos a disposición no sólo surge la no emergencia de una elite consolidada si no que, por el contrario, la entidad pronto se vio sacudida por una primera escisión de la que nació la Sociedad «Unione Italiana», nuevamente reabsorbida en 1892. A ella habrían de sumarse luego, con muy pocos años de diferencia, en 1895 la Sociedad «Figli del Lavoro» y, dos años después, la Sociedad «Príncipe de Nápoli».

En todo caso, ante los hechos, no podemos menos que pensar que, la pretensión de los dirigentes de la entidad decana, de convertirse en foco de conciencia de la comunidad itálica, se vio defraudada por la persistencia de divisiones políticas y regionales que surgen del devenir mismo del proceso histórico italiano y de las oscilaciones del flujo migratorio. Aunque ello no invalida, sin embargo, la existencia de una vaga e imprecisa noción de pertenencia a una identidad nacional «italiana», diferentemente percibida según la procedencia regional e ideológica de los inmigrantes y que trasciende, en alguna medida, a los más variados sectores de la colectividad. Luego volveremos sobre este tema.

Por lo que pudimos saber, en realidad, de quienes integraron las Comisiones Directivas de la «Società» se trataba de personas que se ajustan muy bien al paradigma mazziniano de los sectores medios, comerciales y artesanos, pero que difícilmente encajen en el modelo de la elite «natural» que se impone por su propio peso

económico y social.

La naturaleza extendida del radio de reclutamiento de la entidad, que abarca todo el partido incluyendo el medio rural, y la rotación permanente de socios en los puestos claves del consejo directivo, que no permite la consolidación de grupos de privilegio en la institución en sus primeros años de vida, añaden nuevas perplejidades a las pretensiones hegemónicas de los dirigentes de la «Società». Por si fuera poco, además, esa debilidad intrínseca se vio ciertamente acrecentada por la composición regional de sus bases sociales pues si la mutual étnica se presentaba como una institución abierta a todos los italianos, los recibió fundamentalmente del norte, como se puede comprobar en la integración de sus comisiones directivas, en donde la mayoría proviene de Liguria, Piamonte y Lombardía, en consonancia con las características del movimiento migratorio de la etapa previa a 1890. Y aunque no faltaron entre sus socios los inmigrantes del sur lo escaso de su número y lo poco privilegiado de su posición, indican la precariedad de las bases sobre las cuales la dirigencia étnica italiana pretendía proyectar su liderazgo.

No fueron, de todas maneras, los conflictos regionales los que promovieron las primeras divisiones en el seno de la colectividad italiana de Luján. Diferencias personales y políticas están en la base de la secesión que dio vida a la Sociedad «Unione Italiana». Al parecer, la creciente condescendencia de la dirigencia de la «Società» hacia la monarquía, manifiesta por ejemplo en la designación del príncipe Víctor Manuel como socio honorario, fue un factor lo suficientemente irritativo para ciertos grupos de matriz republicana como para provocar la escisión. Aún así esta primera separación estaba llamada a tener corta vida y las dos sociedades se unificaron prontamente en abril de 1892². Aunque no por ello se acallaron los ecos de los debates entre monárquicos y mazzinianos que encontraron en el Vice Consulado una nueva caja de resonancia.

Más duraderas, en cambio, fueron las razones que impulsaron el desprendimiento de las otras dos nuevas entidades. Siguiendo los pasos de la «Unione» fueron discrepancias políticas las que determinaron la

fundación, el 12 de mayo de 1895, de la Sociedad Italiana «Figli del Lavoro»³. La nueva entidad, que reunía a los partidarios de las ideas anarquistas y socialistas, parece haber respondido, en la composición social y regional de sus cuadros dirigentes, a un perfil análogo al de la «Società Italiana». Imagen que igual puede ser ratificada también en su receptividad a todas las iniciativas de unificación promovidas desde la entidad madre y en el hecho de que muchos de sus directivos muchas veces lo fueran de la comisión de la «Mutuo Soccorso».

En todo caso, es claro, una cierta conciencia de una nacionalidad «italiana» parece germinalmente existir en las instituciones de carácter «político», dominadas por inmigrantes del norte. Como lo reafirma, por ejemplo, el hecho de que ninguna de ellas renunció a llamarse «Italiana», independientemente de los otros atributos que definieran su carácter. Y que sus conflictos no fueron óbice para que esa «italianidad» fuera percibida como el común denominador de todas ellas desde la óptica de la sociedad receptora. Así, la duda que queda es hasta dónde esa construcción de lo «italiano» refleja una identidad real perceptible desde todos los estratos de la colectividad o es una definición ilusoria solamente existente en el imaginario de las elites. Como fuera, el mayor desafío a su vigencia todavía no había sido afrontado y recién cobraría vida cuando, desde la década del noventa, las migraciones del sur marcan la nueva tónica imperante en la vida de la colectividad italiana.

Demás está decirlo fue precisamente en esta última mutual, cuyo nombre lo dice todo, donde se manifestó más abiertamente el impacto del fenómeno regionalista. Y si lamentablemente sólo nos fue posible localizar un libro de actas, correspondiente al período 1914-1920, la contundencia de los números que de él emanan no deja lugar a dudas. Bastará decir que la totalidad de los dirigentes y el grueso de la masa societaria, en el orden de más del noventa por ciento, proviene de las provincias meridionales de Italia para dar cuenta que estamos en presencia de la entidad representativa de los italianos del sur⁴. Asimismo algunas diferencias notables



Unión Italiana de Socorros Mutuos de Luján - Centro Cultural Jossue Carducci.

Foto: Varela

surgen del perfil profesional de sus dirigentes que sí por un lado, como sucediera en las demás sociedades, cuentan con un grupo numeroso de comerciantes y artesanos de extracción media, por el otro, dejan márgenes nada despreciable para la participación, por cierto no habitual, de sectores manuales carentes de calificación.

Este rasgo, sin dudas original en el contexto de los movimientos asociativos de base étnica, lo es menos si pensamos en las características ocupacionales de los inmigrantes del sur de Italia. Una importante cantidad de socios además eran originarios de Cosenza, particularmente de las comunas ítalo-albanesas que constituyen el núcleo característico de la inmigración sureña al partido (Marquegui, 1993). A los que también se puede detectar en la directiva de la institución, por otra parte, aunque en este caso su preeminencia es compartida con sicilianos y calabreses de otras comunas.

En realidad, viendo los niveles de actividad desplegados, la precariedad de

los servicios prestados y los escasos márgenes de participación de los socios en asamblea, se nos ocurre que la integración de los sectores no calificados de origen ítalo-albanés es más nominal que otra cosa y emana de las redes de influencia articuladas hacia el interior de ese grupo, instrumentadas por sectores mercantiles miembros de la Sociedad, a fin de ganar espacios de poder en la comisión de la "Príncipe de Nápoli". Podría decirse incluso que, al final de su vida, la principal actividad de la Sociedad, dejando de lado la organización de reuniones sociales que no parecían interesar demasiado a sus afiliados, era su oposición cerrada a todas las iniciativas promovidas desde la "Mutuo Soccorso".

En este contexto, previsiblemente, la convivencia entre las sociedades italianas no fue, ni podría ser, nada fácil. Es que, pese a las dificultades, la entidad pionera prosperó rápidamente inaugurando en 1882, su propia sede social, con un salón teatro anexo, y en 1884 su panteón social⁵.

Esa misma prosperidad, sumada a las diferencias políticas y regionales, dio pie para que la "Società di Mutuo Soccorso", o mejor dicho sus líderes, fueran sospechados de tener intenciones hegemónicas hacia sus pares. La resultante fue el fracaso sistemático de todas las tentativas de unidad. Y en cada ocasión, demás está decirlo, las sociedades rivales ponían énfasis en dejar en claro las diferencias que las separaban.

Así, por ejemplo cuando, en 1910, bajo los auspicios de la prensa local, se iniciaban conversaciones para lograr la unión mediante la reabsorción de la "Príncipe de Nápoli" y la "Figli del Lavoro", el presidente de la Mutuo Soccorso, Miguel Manzini, no tuvo mejor idea que parangonar el papel de su institución con el del Piamonte y del Rey Víctor Manuel en la reunificación de Italia. Como era de esperar la respuesta no se hizo esperar: en esas condiciones no había unidad posible. Lo curioso es que, desde la entidad madre, ese mismo proceso era visto también, como

una conspiración tendiente a borrar el nombre de la «Mutuo Soccorso»⁶. Lo que da idea, en todo caso, de la virulencia de los conflictos interétnicos y de la imposibilidad de salvar ciertas barreras que a esa altura se presentaban como infranqueables.

Interesante es señalar, sin embargo, que, en esta especie de competencia permanente, las elites de cada una de las tres sociedades necesitaron reafirmar su rol no sólo hacia el interior de su comunidad de origen sino también en su relación con las otras colectividades y la sociedad receptora en su conjunto. En esa dirección los mitos sobre el papel rector de Italia en la marcha general de las civilizaciones y de la Argentina, las festividades del XX del septiembre y la presencia de las sociedades en los actos fundamentales de la vida cívica local eran instrumentados en beneficio de las posiciones particulares de cada una de las partes.

Como podemos ver, la mirada del «otro» como factor constitutivo en el proceso de «invención» de la propia identidad (Conzen, Gerber, Vecoli, Pozzetta y Morawska, 1988) juega un rol decisivo determinando relaciones contradictorias con los distintos sectores de la sociedad e incluso del aparato político municipal. Al mismo tiempo, la participación de los italianos, de diferentes tendencias, en los actos públicos y en los órganos de gobierno se tornan hechos cargados de sentido y que implican en sus conflictos a todos los sectores del partido. Esa percepción emerge, cristalina, en el conflicto desatado en 1912 por la vacancia de la agencia consular al fallecer su titular Luis Gogna. Su reemplazante Remersaro, vinculado a la «Società Italiana», renuncia, en una nota después denunciada como apócrifa, y en su lugar asume José Rolla, pretendido militante anarquista, conspicua figura de la «Figli del Lavoro» y relacionado con Florentino Barca, miembro del gobierno de la intervención municipal de ese año. Él, a su vez, había intentado vanamente asumir la conducción de la «Società» varias veces por lo que las acusaciones cruzadas estaban a la orden del día. Las imputaciones se suceden, y esto ocurrió en función de la militancia política de los actores -el presidente de la «Mutuo Soccorso»,

Miguel Manzini, era miembro de los círculos conservadores desplazados por la intervención- por lo que la prensa local toma posición generalizando a nivel de la sociedad receptora lo que era un enfrentamiento interno de los italianos. Los argumentos utilizados son conocidos. De un lado se sostiene que el consulado no puede ser ocupado por un anarquista y por quienes ensayaran tomar el control de la «Società». Del otro se protesta contra las intenciones hegemónicas de los que quieren perpetuarse en el poder. Aunque es interesante observar que aún en momentos como éste, todos reclaman para sí la representación entera de la colectividad «italiana»⁷.

Las diferencias regionales y políticas derivadas de los universos relacionales pre y posmigratorios en que cada uno se mueve tampoco fueron óbice, sin embargo, para que juntas todas las Sociedades asistieran a la colocación de la placa que bautizaba como Humberto I° a una de las principales avenidas de la ciudad o para que constituyeran comités para ayudar a los afectados por desastres naturales en Italia. Y ello, en realidad, no encierra ninguna clase de contradicción, pues en todas las instituciones convive el sentimiento local y regional con un más vago espíritu de nacionalidad, probablemente incentivado por la emigración. Es que es difícil pensar que ese machacar constante de las instituciones étnicas en su competencia, su reincidencia en la liturgia patriótica, las fiestas cívicas, la prédica nacionalista y los símbolos patrios, no tuvieran al final ninguna clase de influencia. Y si a ello sumamos además la presión de una sociedad, como la lujanense, que se niega a reconocerlos de otra forma que no sea como «italianos», resulta difícil no admitir que esa noción de italianidad pudiera estar presente aún en los inmigrantes más remisos a admitirla.

Lo que es claro también, sin embargo, es que esta competencia entre distintas formas de identidad inhibió la posibilidad, en este caso, de la formación de una elite unificada. Por el contrario, las diferencias regionales y políticas fragmentaron los grupos de privilegio retardando la posibilidad de encarar acciones comunes. En estas condiciones, la eventualidad de un liderazgo compartido debería esperar a que la

Primera Guerra Mundial minara las bases de las entidades más chicas para que, entonces sí, en un proceso personificado con el surgimiento en 1920 de la «Sociedad Unión Italiana», se construyera la unidad sobre bases más sólidas.

**Dedier Norberto Marquiegui es Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones (CONICET)- Universidad Nacional de Luján.*

NOTAS

1. **Sociedad Unión Italiana de Socorros Mutuos de Luján** (en adelante SUI) *Statuto e Regolamento della Società Italiana di Mutuo Soccorso nella Villa di Luján*, La Plata, 1898.
2. SUI, S. I. di Mutuo Soccorso, *Libro de actas de asamblea*, 1884-1911, pp. 45-52.
3. *La Opinión*, 9/7/1916.
4. SUI, *Sociedad Italiana Príncipe de Nápoli*, *Libro de actas*, 1914-1920.
5. *La Opinión*, 9/7/1916.
6. Idem, 13/7/1910, 1/8/1910, 9/8/1910, 20/8/1910 y 27/9/1910.
7. Idem, 27/1/1912, 27/2/1912, 4/6/1912, 15/6/1912, 6/7/1912, 23/7/1912, 17/8/1912, 24/9/1912.

BIBLIOGRAFÍA.

- Baily, S. L.
(1982) "Las sociedades de ayuda mutua y el desarrollo de una comunidad italiana en Buenos Aires" en *Desarrollo Económico*, vol. 21, n° 84, pp. 485-514.
- Conzen, K. N.; Gerber, D.; Morawska, E.; Pozzetta, G. y Vecoli, R.
(1988) "The Invention on Ethnicity: una lettura americana" en *Altreltalia*, año II, n° 3, pp. 4-36.
- Devoto, F. J.
(1985) "Las sociedades de ayuda mutua en Buenos Aires y Santa Fe. Ideas y problemas" en F. J. Devoto, F. J. y Rosoli, G. (comp), *La inmigración italiana a la Argentina*, Buenos Aires, Editorial Biblos, pp. 141-164.
- Marquiegui, D. N.
(1993) "Reti sociali, solidarietà etnica e identità. L'impatto delle catene italo-albanesi a Luján" en Rosoli, G. (a cura di), *Identità degli italiani in Argentina. Reti sociali, famiglia e lavoro*. Roma, Edizioni Studium, pp. 205-240.
- Marquiegui, D. N.
(1994) "Asociacionismo, liderazgo étnico e identidad. Un enfoque comparado (Luján, 1876-1920)" en *Studi Emigrazione*, Roma, anno XXXI, n° 115, pp. 427-460.
- Sábato, H. y E. Cibotti, E.
(1990) "Hacer política en Buenos Aires: los italianos en la escena pública porteña, 1860-1880", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, 3ª serie, n° 2, pp. 7-46.